



Tres noches

trilogía
EL JUEGO
sin límites sin reglas con amor

Tres noches

—Muy bien, Kurt, tú te lo buscaste.

Ver a un hijo consumirse era algo que no se lo deseaba a nadie.

— ¡Kaira!

—No, cielo, ahora no soy Kaira, ahora soy tu madre. A partir de este momento se cierra la llave; no tienes derecho a carro, a tarjeta de crédito, a ninguno de tus aparatos, a ninguna cosa que nuestro dinero haya pagado. ¿No quieres estudiar?, ¿no quieres trabajar?, ¿no quieres buscar ayuda?, muy bien, conviértete en un bueno para nada. Pero no bajo mi techo.

El jadeo de Alex y Owen fue audible. Sabía que me estaba pasando, pero alguien tenía que poner un alto.

— ¿Me estás corriendo?

El gesto de incredulidad de mi hijo me estaba indicando que iba por buen camino. Adoraba a Kurt más de lo razonable, no podía perderlo. Y si para eso me tenía que transformar en la bruja del cuento, pues que así fuera.

—Te estoy diciendo que, si crees que te vas a convertir en un júnior bueno para nada, te equivocaste de casa. En esta familia todos trabajamos, no vamos a tolerar una situación en donde solo te vemos hundir. ¿Te quieres matar? Mátate con tus propios recursos, que a tus padres y a mí nos cuesta mucho trabajo ganar el dinero.

Mi respiración se acompaso a la de él; rápida y elaborada. Tuve que llenar mis pulmones para que la adrenalina no me ganara, para tener un poco más de fortaleza.

—No me puedes correr, esta es mi casa.

—No, Kurt, esta es mi casa! Y no voy a mantener a un vicioso. Así que, o vives bajo mis términos, o te vas.

Una lágrima estaba a punto de caer, sentía que me desmoronaba por dentro...

Volteó a ver a Alex y solo recibió una mirada de decepción. Después a Owen, para recibir un gesto de preocupación.

— ¿No van a decir nada?!

Sorprendentemente, fue Owen el que acabó de clavar el cuchillo; Dormilón tenía debilidad por sus tres hijos, era el más permisivo de los tres, el más consentidor. Pero también era un excelente padre y sabía cuando parar—. No busques la ayuda de los Gardner, no quiero que los vayas a mal influenciar. Antes de que te vayas deja las llaves y cartera. Ya me encargo yo de avisarle al personal que están cerradas las puertas de la casa para ti.

— ¡Te odio!

Mi jadeó fue ocultado por la voz de Alex—: ¡Kurt!

Pero mi hijo estaba desbocado; como un potro, como un animal salvaje—: ¡Los odio! ¡Ustedes no son mis padres! ¡Y ella es una...!

— ¡Kurt! —Lo detuvieron inmediatamente Owen y Alex antes de que dijera algo de lo que siempre se iba a arrepentir. Porque si de algo estaba segura, es de que Kurt iba a regresar a mí; de que el chiquillo que pasaba tardes enteras leyendo, jugando ajedrez, cuidando a sus hermanas, cantando junto conmigo canciones de Cher, iba a aparecer en cualquier momento para decirme cuanto me quería.

Solo que no ahora, no cuando se acercaba a mi agitado, decepcionado, herido.

—Ojalá me hubieras dejado con mi padre...

Sentí claramente como el aire abandonaba mi cuerpo, como me secaba por dentro.

Evitando su mirada para que no viera el dolor, busqué un bolígrafo, tomé una de mis tarjetas, y escribí el número telefónico que sabía de memoria por todas las llamadas que recibía pidiendo dinero, amenazando.

—Anda, hijo, ve a conocer a tu padre —aplasté la tarjeta en su pecho y salí del despacho con la frente en alto.

Ya en mi habitación, me desmoroné.

~~§~~

Pasé una noche en el infierno.

No había otra manera de describirlo; lloré hasta que quedé sin lágrimas, repasé una y otra vez cada palabra, cada herida hasta que mi cuerpo se venció.

—Bruja, tienes que comer.

Negué sin abrir los ojos, si lo hacía, iba a volver a llorar.

—Aquí te dejo la charola, come algo, por favor.

Owen dejó la comida en la mesita a mis pies. Y esperó. Y esperó. Y esperó. Estaba segura que hubiera seguido vigilado el camino de la depresión por mí cuerpo, sino fuera porque tenía cosas mucho más importantes que atender.

—Voy a llevar a Viri a su practica de equitación, Alex esta con Sophie en su rehabilitación... Por favor, deja de preocuparte por Kurt, va a estar bien. Te lo prometo.

Obviamente, Kurt se fue bien vigilado. Alex y Owen nunca hubieran permitido que se fuera sin protección, mucho menos si se trataba de ese hombre. Ya no recordaba cuantas veces deseé haber tenido un poco más de sentido común y haber permitido que se

acabara el problema llamado Diego Lurte. Ahora ya era demasiado tarde.

Owen podía prometer que iba a estar bien físicamente, el cuerpo de seguridad estaba entrenado para que ninguno de mis hijos sufriera un rasguño, mentalmente, era otra cosa.

Mi hijo estaba sufriendo, y en el proceso, se estaba destruyendo.

— ¡Basta, Kaira, no has dejado ese sillón desde ayer! — Mentira. Había dado un par de visitas al baño—. ¡Quiero que te levantes y...!

Yo solo quería que mi hijo regresara a casa.

—Alex... —la voz de Owen era un susurro junto a la de Alex—, deja que descanse. ¿Por qué no te tomas un baño? Todos necesitamos calmarnos —suspiré profundo cuando escuché los pasos de Alex alejarse, Gruñón siempre era más difícil—. No puedes seguir así, te vas a enfermar —advirtió nuevamente Owen.

Mi pobrecito, siempre le tocaba mediar.

Apunto estaba de caer en los brazos de Morfeo, cuando los escuché; el inconfundible jadeo de un beso al terminar.

Era enfermizo lo mucho que me excitaba ver a esos dos juntos; músculos chocando uno con el otro mientras se perdían por la infinidad de un deseo puro.

Nuestra habitación era la más amplia del Palacio. Un pequeño refugio del siempre agobiado mundo. Me levanté de la pequeña salita rumbo al enorme jacuzzi que Alex insistió en instalar. Rocas de río traídas desde Belize rodeaban al par de hombres que se abrazaba bajo la humeante agua. La luz de la luna los alumbraba

desde las alturas. Tenía que bajar un par de escalones si quería acompañarlos, preferí verlos desde lo alto.

—Shhh... —siseó Alex acariciando la mejilla de Owen.

Este respondió balanceando sus caderas en un baile primitivo diseñado para tentar. Siempre resultaba un verdadero placer observarlos; desatando su sexualidad sin complejos, destruyendo las absurdas reglas de la sociedad, siendo testigo del honesto amor que se tenían.

Habíamos llegado tan lejos. Teníamos en nuestras manos un éxtasis ilimitado que la gente apenas y podía imaginar.

Alex se humedeció los labios antes de que una mueca irónica acariciara sus labios—: No seas desesperado —Owen recargó su frente a la de Alex y cerró los ojos descansando, llenándose de paz—. Esto te tiene jodido, ¿verdad?

Asentí junto con Dormilón.

—Pero sé cómo me puedes ayudar —gruñó Owen.

Sonreí cuando los párpados de Alex se abrieron de golpe. El siempre amoroso Dormilón miró directamente a los azules y sorprendidos ojos de Gruñón mientras tomaba su boca en un beso que, incluso a mí, me dejó sin aliento; sus lenguas se enfrentaron y se batieron en duelo mientras un hormigueo conocido iniciaba en la punta de mis pies. Alex se rindió sin protesta al fervor de Owen. Después de largos minutos llenos de gruñidos, mordiscos y reclamos bruscos, Alex intentó objetar. Los labios de Owen amortiguaron su primer intento.

—Espera... —liberó su boca el tiempo suficiente para volver a jadear—. Joder, que esperes.

Mientras Owen recuperaba el aliento, Alex alzó la mirada en mi dirección.

Me acerqué a la orilla y separé las piernas casi por inercia. Mis manos corrieron rápidamente al doloroso hormigueo de mi coño, frotando, tentando.

— ¿Qué crees que haces, cariño?

— ¿Quién? ¿Yo? —Pregunté con expresión casi inocente... Sus ojos se volvieron serios, y de inmediato detuve mis movimientos—. Nada.

—No te detengas...

Dio un paso en mi dirección, pero lo detuve levantando un dedo—: Tu. No te detengas.

De inmediato se giró para regresar a los brazos de Owen.

Desde mi punto de vista, podía admirar la flexibilidad de los cuerpos atléticos que tanto amor me habían regalado. Era admirable la manera en que nos manteníamos unidos, aun en las más oscuras de las adversidades, ellos y yo, juntos.

Alex no tuvo oportunidad de resistirse a lo que Owen necesitaba, porque sus ansias coincidían con las suyas. Una sonrisa feroz y lobuna estalló en la cara de Gruñón cuando Owen jadeó, algo paso debajo del agua y, solo de imaginarlo, el hormigueo se acrecentó.

Owen debería haber moderado su reacción, pero no pudo, un gruñido fuerte y profundo salió de su pecho cuando aplastó el cuerpo de Alex sobre las rocas, a mis pies. La masa sólida de su hermano, de su primo, de su pareja, del hombre que lo sostuvo en esta tierra cuando todo el mundo lo abandonó, marcaba un ligero contraste contra su cuerpo, el agua difuminaba el límite de sus cuerpos mientras mis movimientos se hacían más fuertes, más demandantes. Pecho a pecho, cadera a cadera, se preparaban para reclamarse. Alex se estiró hacia atrás, colocó una mano sobre mi pie, y dejó que Owen hiciera lo suyo.

— ¡Joder!

El poder de su excitación rugió a través de mis venas. Los tres corazones se sincronizaron. Los tres cuerpos se hicieron uno.

Esa noche dormí como un angelito; en medio de dos hombres, amada por dos corazones, arropada por mis dos amores.

Kurt regresó la tercera noche. Tres días bastaron para que conociera a Diego Lurte. En tres minutos nosotros lo perdonamos. Y tres llamadas bastaron para ingresarlo a rehabilitación.

Nunca volvió a cuestionar quiénes eran sus padres. Con suerte, iba a trabajar por ser el hombre que se suponía debía ser, un reflejo de Owen y Alex. Mis enanos.

¡Feliz día del Libro!

*Es un verdadero placer compartir con Ustedes la
bendita adicción a la lectura.*

*Muchísimas gracias por permitir que mis sueños
entren en su imaginación.*

Y ya saben,

¡muero por leer sus comentarios!

Con todo cariño...

Ayminda